

DESLIZÁNDOSE SOBRE LA PISTA DE HIELO DE LA NUEVA ÉPOCA¹.

La crisis, el proletariado y la izquierda

por Karl Heinz Roth

1.- Sobre la teoría de la época actual

Siempre hay que separar el presente del pasado. La época pasada fue la época de Ford y de Keynes. Una época en la que la relación entre producción en masa, trabajo masivo y garantía del ingreso estaba ligada a la expectativa del pleno empleo. Una época en la que la demanda movilizaba a través del estado equilibraba constantemente la falta de estabilidad interna de la acumulación capitalista. Esa época entró en crisis a finales de los sesenta y principios de los setenta. Al principio desde abajo, con una revuelta social que adquirió en aquel momento dimensiones internacionales. Y luego, entre 1971-73, a partir de las iniciativas tomadas en EEUU por las elites económicas y financieras internacionales, la crisis se profundizó desde arriba. Las consecuencias económicas de todo ello son conocidas. Pero me parece importante llamar la atención sobre el hecho de que esta crisis – como, en mi opinión, todas las crisis- surgió como resultado de una acción por abajo y luego, como reacción, de una respuesta por arriba.

Desde los años setenta, poco a poco, van apareciendo los contornos de la época actual. Se caracteriza por la internacionalización del desencadenante de la crisis por obra del capital financiero, que ha conseguido emancipar las tasas de interés en los nuevos mercados de bonos y de dinero ante unas menguantes tasas de beneficio. Y en segundo lugar se caracteriza por una “contrarrevolución monetarista” (Milton Friedman) que se inició en las economías populares de los entonces llamados países emergentes,

se extendió luego a las metrópolis de USA y del Reino Unido, y terminó finalmente en el proceso de implosión del capitalismo de estado de Europa del este. Las características principales de esta contra-revolución son conocidas: restricciones presupuestarias, destrucción del estado social, limitación de créditos mientras que hay sobre-acumulación en sectores clave, liberalización del comercio exterior, exportación de capital a zonas con salarios bajos, privatización de sectores de inversión estatal (transportes, telecomunicaciones, etc...) y por último, pero no en último lugar, destrucción de un mercado de trabajo con salarios políticamente regulados, eso es destrucción del movimiento obrero integrado a la vez que de las fracciones resistentes de la nueva izquierda.

Desde los ochenta se vislumbran las consecuencias de todo ello. La política capitalista de inversión desactivó la regulación social estatal, el compromiso de clase. Desde entonces los factores que determinan los costes para los empresarios privados se descargaron, cada vez más, sobre las estructuras de la economía colectiva. Se produjo así una transformación de los estados sociales. Tras la pérdida de la soberanía en materia de moneda, de intereses y, últimamente, de impuestos, experimentamos su transformación en remansos competitivos de los mercados globales de capital. El sector del transporte y con él – para expresarnos en la terminología keynesiana – el conjunto del presupuesto de capital del sector estatal, se convirtió en una parte de la acumulación capitalista interna. El resultado fue la formación a nivel mundial de un nuevo ejército industrial de reserva, una

¹ Este artículo forma parte del libro colectivo titulado *Krise – welche Krise?*, con textos de Res Strehle, Ernest Mandel, Robert Kurz, Maria Mies y Karl Heinz Roth, editado por IG Rote Fabrik/Zürich (Hg.), ediciones ID-Archiv, Berlin – Ámsterdam, 1995. El texto recoge la intervención de Karl Heinz Roth según la transcripción revisada y ligeramente ampliada. Las notas entre paréntesis proceden de la redacción suiza del “Vorwärts” que revisó la conferencia de Roth y la editó por vez primera. La traducción de Montserrat Galceran Huguet. Roth es médico e historiador, vive en Hamburgo y colabora en la “Fundación de Historia social del siglo XX de Hamburgo”, y en su revista “1999”. Es autor entre otros del libro “Die andere Arbeiterbewegung» (1974) [“El otro movimiento obrero”], “Die Wiederkehr der Proletarität” (1994) [“El regreso del proletariado”]. Una parte de sus textos políticos están compilados en el volumen »und es begann die Zeit der Autonomie“ [“y empezó la época de la autonomía”], Verlag Libertäre Assoziation, 1994.

tendencia al empobrecimiento masivo al tiempo que las sociedades se polarizaban en ricos y pobres en el ámbito de la distribución. Así pues tenemos que constatar la vuelta del proletariado en el marco de un ciclo de crisis y de acumulación normalizado, casi pre-keynesiano. A pesar de todos los cambios de fase, se trata de una vuelta en dimensiones mundiales. Tras la derrota de las revueltas sociales y del hundimiento del socialismo real, este capitalismo pre-keynesiano, y al tiempo nuevo, vuelve a estar al orden del día.

¿Qué aspecto tiene esta nueva época desde la perspectiva de abajo? Desde la perspectiva de abajo, el trazo dominante es la destrucción definitiva de la producción agraria de subsistencia (producción para la supervivencia) en la periferia y semiperiferia del capitalismo. Los expropiados se transforman por millones en integrantes latentes del ejército industrial de reserva. Sólo una fracción de ellos queda absorbida en el negocio agrario internacional, mientras que la mayor parte se ve forzada a emigrar a las aglomeraciones urbanas. Desde mitad de los setenta y especialmente en los ochenta hemos sido testigos del surgimiento de nuevos sectores de trabajo en condiciones semi-esclavistas [*Schwitzbuden*]² a los que educadamente se califica de sector informal. En una situación de pauperización (empobrecimiento) la creciente oposición entre el campo y la ciudad, en parte estaba siendo neutralizada por los movimientos migratorios en marcha, al tiempo que se unía a la disminución del sector formal en las ramas afectadas por la crisis. El proceso general de movilización del nuevo proletariado se ampliaba en las metrópolis con el recorte de los presupuestos sociales que aseguran los riesgos de la existencia proletaria (vejez, enfermedad, invalidez y, especialmente, desempleo). El ejército obrero activo, cada vez más librado al principio usar y tirar, resulta parcelado, segmentado, empequeñecido y cada vez más combinado de modo flexible. A ello se añaden determinadas formas de segregación, por ejemplo en relación a los extranjeros a los que en las metrópolis se convierte, cada vez más, en chivos expiatorios. Eso implica que cada quien debe prescindir de los propios miedos y experiencias y lanzarse a un proceso permanente de des-solidarización.

Las dimensiones en cifras de ese nuevo mercado de trabajo en busca de demanda son conocidas. 150 mi-

llones de personas se encuentran actualmente como migrantes dentro y fuera de sus países y continentes. 120 millones están clasificados oficialmente como desempleados, de los cuales, 38 millones en los países de la OCDE. 500 millones – casi 100 millones de familias, subsisten con lo mínimo, tanto si son pequeñas familias expropiadas o en los nuevos sectores empobrecidos como trabajadores serviles, trabajadores autónomos, jornaleros y trabajadores eventuales. Estamos asistiendo en las metrópolis a la transformación del “*Welfare*” [bienestar] en “*Workfare*” [labor-estar]. Al tiempo casi el 30 % de las relaciones laborales – en algunos países incluso más – pierden sus garantías. Surgen sectores con salarios por los suelos. Se introducen relaciones laborales precarias. En todo el mundo las proletarias y los proletarios se ven confrontados a una nueva cualidad en las exigencias de valorización, con una – digámoslo con una expresión exagerada – estrategia de pleno empleo sobre una base pauperizada. Pues a nivel mundial no se está extinguiendo el trabajo, sino que disminuye el ingreso. Por ello, en las relaciones entre mercados desregulados de trabajo y cadenas de plusvalor ya no puede



distinguirse entre la explotación en la acumulación normal de capital y la acumulación paralela, tal como hizo todavía Rosa Luxemburgo al referirse a las relaciones de principio de siglo. Hoy, en cierta forma, la conquista de las esferas no capitalistas y su transformación en elementos integrantes del ciclo de acumulación y crisis ha terminado, convirtiéndose en una experiencia para las masas.

² El término *Schwitzbuden*, en inglés *sweatshops*, se refiere al trabajo en lugares que no ofrecen condición alguna para los trabajadores y donde éstos son tratados de modo semi-esclavista. (Nota de la T.)

Me parece importante volver a resumir estos hechos aunque a primera vista parezcan muy elementales, porque pienso que debemos captar las dimensiones internacionales de los procesos sociales actuales.

¿Qué aspecto tiene la nueva época desde la perspectiva de arriba? Se caracteriza por un renovado despotismo internacional del capital financiero y de casino. Los ingresos procedentes de recursos en dinero sobrepasan a nivel mundial los beneficios empresariales. En los últimos dos años, las capas que viven de las rentas se han duplicado o incluso triplicado a nivel mundial. Estas capas rentistas movilizan los mercados de bonos y las desnacionalizadas esferas de los transportes, especialmente los mercados de trans-



portes y de dinero, así como las prestaciones de servicios. En su condición de rentistas que se aprovechan del endeudamiento estatal, saquean los presupuestos del Estado. Pretenden que la especulación, el egoísmo antisocial y el ansia general de enriquecimiento sean los elementos centrales de una nueva hegemonía cultural.

Considero que la segunda característica esencial es el proceso de racionalización empresarial. Del post-fordismo y el toyotismo a un tipo de acumulación a la Hollywood. Bajo el dictado de la búsqueda del máximo interés monetario y la preferencia por la liquidez que prefiere “ahorrar antes que invertir”, se pusieron en marcha diversas iniciativas para recuperar el margen de beneficio productivo empresarial. Al inicio de los años ochenta se intentó poner en marcha una forma de automatización flexible. Se proclamó el modelo de la manufactura informatizada de modo integral, pero fracasó ante la rigidez de los trabajadores. A mitad de los ochenta se descubrió internacionalmente la “tercera Italia”, con sus pequeñas y media-

nas empresas innovadoras, de las que dependían empresas subcontratadas y trabajadores y trabajadoras autónomas. “Lo pequeño es hermoso”, este slogan retumbó por todo el país, el post-fordismo se asociaba con concepciones verdes y alternativas. Pero al tiempo se iniciaba la acumulación en un nuevo sistema de empresa en red, según el modelo Benetton. El capital se centralizó sin que se concentraran las estructuras productivas.

Por el contrario en la segunda mitad de los años ochenta las grandes empresas internacionales especialmente del sector del automóvil se orientaron hacia el llamado toyotismo, un modelo de producción japonés que se había desarrollado en Japón tras la sangrienta destrucción de la clase obrera japonesa a mitad de los setenta. Sólo se aplicó de modo parcial. Como es natural, las estructuras de pacificación, como las “company unions” y las “company words” (sindicatos y mundos de empresa), así como el que regiones enteras estuvieran en manos de grupos empresariales familiares (Zaibatsu) no se podían transferir. Pero sí se podían adaptar las estructuras de producción. Los términos “lean production” se convirtieron en lema. La unión entre proceso de trabajo y control del producto, el just-in-time (Kanban), la puesta a punto de cadenas de distribución según un modelo de supermercado, un proceso de producción continuamente mejorado, el trabajo en equipo, el círculo de calidad: todos estos lemas todavía eran nuevos en la segunda mitad de los ochenta, actualmente están cada vez más implantados. Pero en sí mismo, aquel sistema productivo no se ha impuesto, ya que su adopción limitada, sólo bajo el aspecto de “management by stress”, no se acompañó de ningún cambio drástico en la evolución de los beneficios. Los trasplantes (por ej. fábricas de empresas automovilísticas japonesas construidas en EEUU) y las grandes compañías que adoptaron el modelo japonés, fueron obligadas a más y más “concession bargaining” (regateos sindicales para conseguir compromisos), o sea que tuvieron que sustituir la pacificación y atomización de la clase obrera, que no consiguieron, por la amenaza y después por la realización de deslocalizaciones en el ámbito de la producción o de departamentos enteros, si la clase trabajadora imponía restricciones.

Desde el inicio de los noventa hemos vivido el último paso cuyo novísimo modelo viene también de los EEUU: el concepto de la “industrial engineering” (análisis y modificación del conjunto de la empresa o de algunas de sus partes). Se intenta conseguir con ello un nuevo híbrido de Benetton y Toyota. Surgen

compañías en red, en las que se impone la tendencia a difuminar las relaciones entre las competencias centrales y marginales, al tiempo que se desmontan las jerarquías tradicionales intermedias. En la cúspide de estas compañías se hallan gestores que ejercen un dominio despótico. Encabezan unidades directivas generalistas que ponen en marcha los procesos. Y sólo se contrata a especialistas de desarrollo, a constructores, programadores, trabajadores de acabado, etc, por tiempo limitado y para tareas específicas. Incluso grandes empresas que cuentan con una rica tradición, como por ej. Siemens, se han desmembrado en los últimos tiempos dando lugar a semejantes unidades de gestión. Este es el método de Hollywood: se produce del mismo modo que se planifica y se monta un film.

Lo que considero decisivo en esta forma de producir es que se acerca el máximo a la movilidad de los recursos monetarios: desde el supermercado Toyota y la empresa en red Benetton a la première de Hollywood aterrizamos inmediatamente junto a la sala de juego del capital financiero internacional. De este modo los factores microeconómicos de coste se trasladan óptimamente sobre el conjunto de la sociedad, que simultáneamente pierde cada vez más instrumentos para implementar de modo general la política económica. Las tasas de beneficio de los empresarios privados vuelven a subir. Pero los factores de coste desplazados amenazan con repercutir en el proceso de nivelación del beneficio medio y en la realización del plusvalor. Por ello se produce un mayor desmontaje de lo social, por ello aumenta la pobreza, por ello, sin embargo también, aumenta la transferencia de la pobreza sobre los poderes locales que cuentan cada vez con menos servicios, lo que genera una espiral de desregulación hacia abajo. Esta es la visión de la época actual desde la perspectiva de arriba.

No hay duda de que en cada conjunto territorial esta óptica se impone de modo muy diverso. Tomemos el caso del este de Europa. Las elites post-socialistas renunciaron en 1989-90 a cualquier intento de intervención económica mixta en el paso del capitalismo de estado a la economía de mercado. La desregulación interna y una brusca confrontación con la competencia internacional ocasionaron la rápida destrucción de la burda variante de producción en masa al modo del capitalismo de estado, sin que hasta hoy le haya seguido ciclo alguno de nueva inversión, excepto en algunos países. A la depresión siguió la desindustrialización. Entre tanto en Rusia dos tercios de la población viven oficialmente bajo el umbral de la pobreza.



En un claro contraste con esta situación, en el pacífico asiático estamos experimentando un nuevo boom, basado en un sangriento taylorismo y toyotismo de la informática. A su vera surgen en China nuevos centros de desarrollo que se caracterizan por un gran empuje en la acumulación al que rodea una pauperización masiva.

En las metrópolis el desarrollo económico se estanca: en los EEUU observamos que se produce un extraño milagro de bajos salarios con amplia pauperización de masas. Inglaterra se halla en depresión: ningún cambio de dirección se avizora allí a pesar del fiasco del tatcherismo; el desmontaje social y la reducción de impuestos han provocado un mayor endeudamiento del estado en vez de adelgazarlo y actualmente el país se ve agraciado con nuevos ciclos de inversión. Por el contrario en Suecia sí se ha producido un cambio de curso. En el oeste de Europa y en Europa central hay regiones con un crecimiento por debajo de lo normal. En la segunda parte volveré sobre ello.

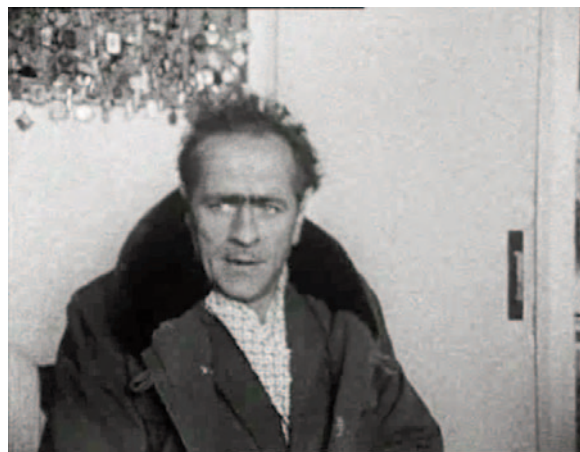
En conjunto se puede percibir que aumentan las diferencias geográficas a pesar de que haya una estrategia global uniforme. El futuro nos dirá hasta qué punto las elites financieras y económicas internacionales son capaces de compensar la espiral de la crisis con la formación de bloques interimperialistas y por medio de confrontaciones.

2. Variantes metropolitanas del nuevo modelo de acumulación y de desregulación

En Italia, desde el inicio de la derrota de las luchas obreras en los años 80, cobró fuerza un régimen político-económico, emparentado con las concepciones de los reagannomics y los tatcheristas, aunque oculto

bajo un disfraz “socialista”. De ahí surgió una polarización social en dos bloques de poder: de un lado los altos ejecutivos, los grandes sindicatos, las estructuras de poder político y las empresas vinculadas con el estado, del otro estructuras de empresa neo-liberal y estructuras de relaciones laborales centradas en el trabajo precario y autónomo, cada vez más marginales al sistema de regulación. Desde que en 1992 se introdujeran elementos de transición en el núcleo de los compromisos sociales asumidos tras la guerra – escala móvil, Cassa Integrazione (compensación económica automática, establecida sobre la escala salarial vigente y pagada con cargo a una caja general de equiparación salarial), desde ese momento la variante A, que había dominado hasta entonces aunque con leves transformaciones, pareció que empezaba a quebrarse y se descubrió que las elites eran una simbiosis corrupta de poder. Hace pocos meses que ahí empezó la era Berlusconi. Él introdujo en el bloque político de poder la variante político-económica B – trabajadores precarios y autónomos y pequeños empresarios de la Liga Norte- e intentó poner en pie las nuevas premisas mediáticas y autoritarias para la nueva y definitiva ofensiva desreguladora que todavía está sobre el tapete: desregulación del sector estatal, destrucción de las rentas sociales, total liberalización del mercado laboral, restricciones del presupuesto. Pero el capital financiero le forzó a esa ofensiva antes de tiempo, antes de que lo tuviera todo listo. Era demasiado pronto, como demuestran las luchas de masas que se han desencadenado de nuevo. El restablecimiento de la paz social que, como si fuera un termómetro, mide la eficiencia en el desmembramiento de la resistencia y actúa como condición previa para poder imponer definitivamente el modelo de la desregulación, sólo tendrá éxito si un estado económicamente anoréxico lo impone por medio de una dictadura política. En otro caso la revuelta social tendrá que remansarse en una renovada repetición de la regulación.

Alemania ofrece un ejemplo muy distinto. El cambio en las estructuras empezó muy lentamente. El punto de ruptura que inauguró una producción más liviana, la deslocalización de la producción y el adelgazamiento del estado sólo se inició en 1990/1, en un proceso para el que la anexión de la República democrática [alemana], en el marco de una brusca destrucción de substancia monetaria, fue un acicate decisivo. Desde aquel momento se advierte que el compromiso socio-estatal de post guerra ha quedado finalizado, no sólo en cuanto al concepto, sino en su dimensión práctico-política. En los últimos años no sólo empezó una amplia oleada de privatización de las empresas públicas



en el sector de los transportes, sino que al mismo tiempo se permitió abiertamente la autonomía de tarifas y se desgajó la seguridad social en infinidad de pequeñas instancias intermedias, una seguridad social que había sido concebida como un instrumento para atemperar los riesgos de la existencia de los asalariados sin propiedad (eso ocurrió especialmente en el ámbito de la seguridad social de los desempleados y de la sanidad, aunque todavía no en el sistema de rentas). El derecho a una ayuda social sin contraprestación fue descartado. El paso del *welfare* al *workfare* avanzó a grandes zancadas, también en la República federal (alemana). En este marco se inició en 1992/3 la primera operación de segregación interna, una ofensiva contra el derecho a la existencia: se impuso el internamiento obligatorio de los refugiados y se radicalizaron los procedimientos de expulsión.

Tras las elecciones legislativas del 16 de octubre los lobbistas de las finanzas y de la empresa han blandido sus grandes cachiporras. La amenaza de hacer huir recursos y capital va a la par con la exigencia de que se desmantele lo social, algo que desde el inicio de los años treinta no se había vuelto a oír. Si se lleva a cabo, cosa que todavía está por ver, la sociedad de la República federal sufrirá un cambio en su estructura que hasta ahora sólo hemos visto en Inglaterra, en EEUU y, parcialmente, en Francia.

El caso suizo. Desde la perspectiva del Norte, me parece que va todavía más retrasado. En los ochenta también Suiza ha dejado tras de sí picos de productividad unidos a deslocalizaciones, oleadas de racionalización y adelgazamiento del *statu quo* social. La dificultad se sitúa ahora, claramente, en las desregulaciones en sectores orientados a la demanda. En algunas aglomeraciones el desempleo alcanza el nivel de

los años treinta. El modelo alternativo a la integración socio-estatal, se llama ahora, también en Suiza, separar y segregar. Nos encontramos ante las primeras estigmatizaciones sociales contra los y las extranjeros/as, que no son, presumiblemente, más que el primer acto de una ofensiva más amplia sobre el *statu quo* socio-estatal, ofensiva que atemoriza a los asalariados. Pero justamente si lo comparamos con la República federal (alemana) el desmontaje del estado sigue un curso menos duro y acelerado. Ese hecho deriva, como Res Strehle ha puesto de relieve más de una vez, de lo especial de su situación económica a nivel mundial. Suiza es una plaza financiera internacional, centro de muchas compañías que operan a nivel transnacional y lugar de ubicación de trabajo cualificado. Así pues, en la nueva conflictividad social, se orientará según el modelo de Italia, Francia y posiblemente Alemania. Suiza es como una especie de pieza última de dominó, en la que cabe leer hasta qué punto los utopistas de la locura neoliberal serán capaces, efectivamente, de transformar el globo de acuerdo a sus visiones. Tal vez se abra aquí, todavía, la posibilidad de introducir en las perspectivas de resistencia en ese país las experiencias de los ya mucho más transformados países vecinos. Pero el tiempo apremia, también para la izquierda suiza. La continuación en la desregulación de los mercados financieros acabará pronto con los privilegios asociados a la ubicación global de Suiza, lo que rápidamente desencadenará un desempleo masivo de los trabajadores de banca del país.

3. Neoliberalismo y poder político

En contraposición con las elites económicas y financieras, las capas dirigentes políticas, ahí donde tienen



poder real, están organizadas sólo a nivel nacional, y en espacios supranacionales sólo marginales. Al contrario que la acumulación de capital, las funciones ligadas a la regulación y distribución social de tipo general están, o estaban, ligadas al estado. Pero cada vez escapan más de las manos de las elites políticas. Su poder decae a medida que degeneran convirtiéndose en administradores subalternos de los remaneros para los flujos de dinero y capital. Ese proceso aflora a la superficie en los diversos asuntos de corrupción, con los que tienen que habérselas los poderes políticos limitadores de la soberanía.

Pero lo que realmente se oculta detrás de la “tangentopoli” y otros asuntos parecidos, es muchísimo más importante. Bajo el dictado de la flexibilidad en el cambio de moneda, del régimen de tasas de interés y de la generalizada ansia de enriquecimiento, han quebrado las ideologías políticas, en un amplio abanico que abarca desde la derecha hasta niveles profundos en los movimientos socialistas y verdes. La adaptación y la sumisión han afectado no sólo al reformismo obrero europeo de última hora, sino también amplios segmentos de la intelectualidad de izquierda, especialmente en América latina, y la han destruida desde dentro. En muchos casos los “*side-payments*” de las instituciones económicas neoliberales mundiales han seguido al mito de la guerrilla. La involución de los movimientos verdes, que han capitulado ante las imposiciones internacionales de desregulación del mismo modo que, antes que ellos, capitulara la socialdemocracia y el movimiento sindical ligado a ella, expresan al máximo nivel, en las metrópolis, el mismo proceso.

Para quien fue especialmente cruel fue para los movimientos de oposición del este de Europa. Desde finales de los sesenta habíamos puesto muchas esperanzas en los cuadros de la última Solidarnosc, como Kuron, Geremek, Modzelewski, a los que tomábamos como ejemplo. Soñábamos con que la oposición obrera se convirtiera en un movimiento de masas contra el petrificado industrialismo de magnitudes descomunales. Vimos cómo esta perspectiva cambiaba durante el estado de excepción aislando a los cuadros anti-comunistas y cómo los que sobrevivieron se alinearon en 1989/0, sin condiciones y sin escrúpulo alguno, bajo el “último grito” del neo-liberalismo y sus asesores. El fiasco de la transformación de corte tatcherista desde el capitalismo de estado a la utopía del mercado autorregulado es de proporciones gigantescas. Solidarnosc ha terminado siendo el espacio populista marginal de la derecha neoconservado-



ra. Entretanto Karol Modzelewski ha escrito su balance (*Le Monde diplomatique*, noviembre 1994). Actualmente pertenece, junto con la vieja guardia de los intelectuales de Solidarnosc, a aquellos que combaten la continuación, con medidas de dictadura presidencial, de una política económica que pauperiza a la mitad de la población. La derrota de mi generación de la “nueva izquierda” – pues también estos cuadros de Solidarnosc tienen nuestra edad – tiene muchas facetas.

Todos estos ejemplos, pero especialmente el de Italia y el de Polonia muestran que el capitalismo desregulado en su lucha por alcanzar una orilla salvadora no solamente propicia una espiral de depresión económica cada vez mayor, sino que, entre tanto, deviene extremadamente destructivo también a nivel político. Desaparece el consenso de masas. Se resquebrajan las fachadas de la telecracia [el poder ejercido a través del control de los medios], tan pronto como el “*common people*” experimenta en carne propia con qué alevosía se manejan las garantías que aseguran su existencia. La nueva hegemonía cultural del “enriqueceos” no ha puesto suficientes frenos a la revolución de las expectativas, de modo que el que las relaciones se desestabilicen políticamente es la consecuencia necesaria del neoliberalismo. Empieza a desgarrarse de verdad el lazo que mantenía unido el *statu quo* socio-estatal y la democracia de masas representativa y parlamentaria. Las salidas políticas autoritarias se convierten en una opción perentoria para las elites económicas y financieras, sus expertocracias, y su creciente clientela de especuladores, racionalizadores de empresa y rentistas. Por eso mismo

no podemos descartar la posibilidad de desarrollos hacia algo más que formaciones democráticas, si partimos del hecho de que la ligazón étnica y nacionalista de algunas elites post-socialistas de países del este y del sur de Europa a los mercados financieros internacionales, ha tenido una resonancia muy marginal. Con todo sería falso que nos precipitéramos en ver ahí una repetición de la deriva que desde la política deflacionista llevó a la batalla fascista contra el trabajo la cual, unida a la movilización de una demanda parasitaria ligada al armamento, caracterizó la Europa central y del sur de los primeros años treinta. Creo que lo que viene es algo distinto de lo que hemos analizado como fascismo. Lo que no significa que los análisis del fascismo estén de más. Por el contrario: descubrir las diferencias nos ayudará a encontrar alternativas políticas.

4. El nuevo proletariado

¿Diversificación en la homogenización u homogenización en la diversificación?

Las relaciones de clase se manifiestan en una perspectiva global. Si los presupuestos analíticos son adecuados, de ellos se desprende que para el segmento proletarizado y pauperizado del nuevo panorama de la sociedad de clase se abren procesos indudables de homogenización. En primer lugar hablo de una homogenización estructural. Debido a una liberación mundial de la sobrepoblación relativa [la parte no ocupada del proletariado, véase Karl Marx, *El Capital*, MEW, 23, p. 657] se producen interacciones estructuralmente semejantes entre el ejército industrial de reserva, el ejército de trabajadores y trabajadoras activos y los trabajadores subempleados³. En segundo lugar hablo de una homogenización económica. Aunque de modo tendencial se empiezan a percibir por todas partes estructuras semejantes de nueva composición: trabajadores en grupos modernos, proletarios y proletarias precarios con formas de trabajo escalvista, autónomos del sector informal. Por medio de la división del trabajo todos ellos son obligados a entrar en el renovado sector de la explotación. Y en tercer lugar considero que tenemos que tener en cuenta la tendencia a la homogenización geográfica. El capital transnacional dispone, en todos los niveles de la cadena de plusvalor, de los potenciales necesarios de fuerza de trabajo, tendencialmente a nivel mundial y de forma independiente de su ubi-

³ *El Capital*, libro 1, cap. XXV.

cación. Por ejemplo Swissair puede tranquilamente desplazar a la India sus centros de cálculo.

Naturalmente que según sean los estadios de desarrollo, todo ello, combinado con las más acusadas diferencias de ingresos, puede incrementar en proporciones muy diversas la precarización, la segregación, la guetización y dificultar las posibilidades de supervivencia. Pero todo ello no tiene más que una importancia cuantitativa.

Admito que esta dimensión analítica se percibe de un modo completamente distinto cuando adoptamos un punto de vista local, cuando tomamos como punto de partida la referencia, sea cual fuere, en una determinada cadena de explotación ya definida, y especialmente si, como si fuera lo más natural, nos referimos al conflicto político cotidiano del momento. La segmentación del nuevo proletariado avanza hacia su recomposición según una jerarquía generacional y de género. Los elementos más importantes de la diversificación – el trabajo infantil y el trabajo femenino parcial – se perciben como los puntos de ruptura más visibles de las relaciones de trabajo precario. Las mujeres son con mucho las más afectadas. A menudo, en tanto que trabajadoras precarias, sólo tienen la posibilidad de ocuparse en trabajo no pagado de reproducción. A veces aceptan formas de trabajo totalmente invisibles, porque no están asalariadas o han dejado de estarlo. Un ejemplo sería la catástrofe de las mujeres en la ex república democrática (alemana), que han sido arrinconadas de nuevo en el trabajo doméstico no pagado.

Otro aspecto de la extrema diferenciación que estamos viviendo consiste en una ampliación de las relaciones laborales no libres: “*forced comerce*” (intercambio forzado), servicios laborales a cambio de alquiler, servicios laborales como pago de deudas, un aumento de la “*decommodification*” del mercado de trabajo, lo que no obsta para que estos servicios sigan estando plenamente integrados en procesos de generación de valor juntamente con partes de trabajo no pagado. Vivimos una diversificación de relaciones salariales encubiertas en los sectores de subcontrata, tanto entre trabajadores y trabajadoras con contratos por obra como en autónomos. Estas diferencias se reproducen en el interior de las compañías. Y vivimos – tal vez sea la forma más dramática de la diversificación – segregaciones que llegan a la total eliminación

del derecho de existencia de los refugiados.

Estos dos momentos – homogenización y diversificación– hay que colocarlos uno junto al otro. Independientemente de la cuestión de hasta qué punto prevalece en la relación, al menos como tendencia, ya sea la homogenización o la diversificación, se da la posibilidad de una sinopsis de las dos relaciones: está surgiendo en aquellas reservas metropolitanas en las que se encuentran, en proporciones semejantes, en primer lugar, vencedores de las crisis y ganadores, en segundo, trabajadores y trabajadoras flexibilizados y amenazados por el descenso social y, en tercer lugar, un tercio precarizado y segregado. Homogenización significa también “*making*”, solidaridad, ayuda mutua, asociación. Diferenciación significa “*unmaking*”, des-solidarización, des-asociación, individualización. Creo que los dos son partes inseparables del proceso social contemporáneo de la crisis global.

El “*unmaking*” [la in-acción] no va de sí, sino que es resultado de la deformación sistemática de las capacidades para percibir las bases reales de la ideología post-fordista del “sálvese quien pueda”: telecracia [poder televisivo] como articulación política de una percepción de la realidad reduplicada y, al tiempo, deformada. En último término la hegemonía cultural del régimen neoliberal refuerza la diversificación de las nuevas relaciones de clase al tiempo que se adecua a la huida general del trabajo, por medio de relaciones laborales individualizadas y flexibilizadas.

Pero tampoco el “*making*” [hacer] desde abajo tiene nada de automático. No hay ningún automatismo que lleve desde la percepción de la situación real a formas de actuación colectiva, a solidarizarse, etc. Al debate sobre homogenización y diversificación deberíamos añadirle una referencia al gran historiador británico E.P. Thompson quien en su *Making of the english working class* [La formación de la clase obrera en Inglaterra]⁴ ha dicho muchas cosas sobre esto. Mostró cómo este “hacer”, o sea la homogenización de un proletariado extraordinariamente diverso fue un largo proceso de aprendizaje que se prolonga entre 1780 y 1830, el cual, por lo demás, ya había contradicho, por decirlo así *ex ante* (aunque desde la perspectiva del excomunista Thompson fuera *ex post*), las esperanzas de homogenización de la utopía marxista posterior, que veía en el gran proletariado industrial de trabajadores de fábrica el núcleo de la revolución.

⁴ Trad. cast. en Barcelona, ed. Crítica, 1989, 2 vol. [Nota de la T.]

Nosotros también formamos parte de este proceso y deberíamos partir de la base de que en nuestra aproximación al análisis de clase no deberíamos cometer errores de bulto cuando partimos de evidencias socio empíricas y de experiencias de masa – auto-investigación al nivel más amplio. Pues, a pesar de todo, el proceso real de recomposición colectiva puede tener un recorrido completamente distinto del que preveemos en la teoría. Entre el análisis socio-político – la investigación militante – y la acción emancipatoria siempre hay sólo aproximaciones que precisan ser corregidas constantemente por la experiencia de masas y por la práctica política ligada a ella. Deberíamos tomar la dialéctica de homogenización y disociación del nuevo proletariado en esta perspectiva y no dar respuestas precipitadas.



5. La crisis de la izquierda

La nueva época se caracteriza por el hecho de que de una crisis de base ha surgido un nuevo sistema de acumulación y de regulación, cuya panorámica definitiva todavía no somos capaces de establecer. Pero, antes que nada, es también una época de crisis de la izquierda. Con el término “izquierda” denomino aquellas fuerzas sociales que rechazan procesos de simple reforma y tienden a un modelo substancialmente distinto de equidad social y política. Cuánto mayor y más profunda sea esta crisis – nuestra crisis – mayor será la tendencia a perder la referencia con nuestra propia historia – nuestra historia desde los años sesenta. Creo que nos amenaza la pérdida de la memoria colectiva. Pero la pérdida de la historia es algo más que simple resignación o falta de atención. Antes que nada es una especie de acto de represión. Sólo quiero nombrar un par de consignas sobre las que, en muchos contextos, reina un consenso tácito de silencio.

Muchos de nuestros grupos políticos tenían una estructura interna autoritaria. Mostraban una tendencia muy fuerte a distanciarse de otras corrientes extraordinariamente cercanas. Internamente eso ha producido des-solidarización, no sólo en lo que respecta a los grupos neo-leninistas.

Hemos intentado con bastante insistencia eliminar la crítica materialista de nuestra propia historia. No nos queremos confrontar con ella. No queremos investigar las opciones y derrotas pasadas para saber hasta qué punto esas derrotas debían ocurrir necesariamente, o sea no podían evitarse, y hasta qué punto se hubieran podido evitar.

Hubo, y todavía hay, una gran incapacidad para corregir el curso de las cosas. Sólo querría mencionar el ejemplo de la lucha armada. El síndrome de los arrepentidos (*pentiti*, los miembros de las brigadas rojas que confesaron bajo reglas establecidas para los testigos protegidos) es también una venganza contra el principio de que, en la militancia, las transgresiones sólo pudieran ir en una única dirección. Si la ilegalidad conduce siempre a destruir el consenso de masas y a una constitución elitista del sí mismo y si, por necesidad, conducirá siempre a este resultado, entonces, tal vez debamos rechazarla por principio. También en este sentido, en mi opinión, queda mucho por trabajar y por repensar para que aquellas experiencias de la ilegalidad que sin lugar a dudas fueron positivas, podamos preservarlas para el futuro.

En nuestro contexto político la percepción social y material de uno mismo es, y fue, a menudo limitada. Pero, según mi tesis, debería ser el núcleo de nuestro compromiso político. Precisamente en tanto que izquierda, deberíamos partir de nuestras propias condiciones materiales de vida y no agitar como agentes precarizados en el plano político sustitutorio. Justamente en el proceso de la marginalización social y en la experiencia que de él se obtiene, se dan experiencias muy fuertes de individualización y tendencias retrógradas. Es una conducta paradójica en sí misma, que proviene empero de la discriminación que sufre la propia constitución material y que actualmente amenaza a muchos proyectos que todavía siguen en pie.

Por otra parte, en mi opinión, también en muchos casos hemos sido incapaces de tomar en consideración las victorias parciales y de construir a partir de posiciones conquistadas. Quiero recordar aquí el movimiento feminista que ha ejercido una gran influencia igualitaria en la sociedad, mucho mayor que todos los demás

movimientos sociales y que también nos ha cambiado algo a nosotros, hombres de izquierda – al menos eso pienso. Por eso nos tendría que ser posible, formular ahora un nuevo pacto político entre compañeros, que nos permitiera reflexionar sobre las condiciones de una resistencia general contra la desregulación y contra el “redescubrimiento” del trabajo doméstico no pagado que va ligado a ella.

Se trata de ejemplos no sistemáticos. Querría mostrar que la lucha contra la crisis, para ser un camino que lleve a un comportamiento solidario e igualitario, debe presuponer siempre la solidaridad interna. Es éste un elemento ineludible del pensar colectivo, pues sin solidaridad interna no se puede actuar de un modo histórico colectivo. Mientras estemos estancados en este punto, mientras nos separemos unos de otros y no nos acerquemos entre nosotros, no estaremos en situación de intervenir de nuevo en el juego de interacciones entre homogenización proletaria y disociación, y de convertirnos de nuevo en actores históricos.

6. Perspectivas para una nueva orientación de clase

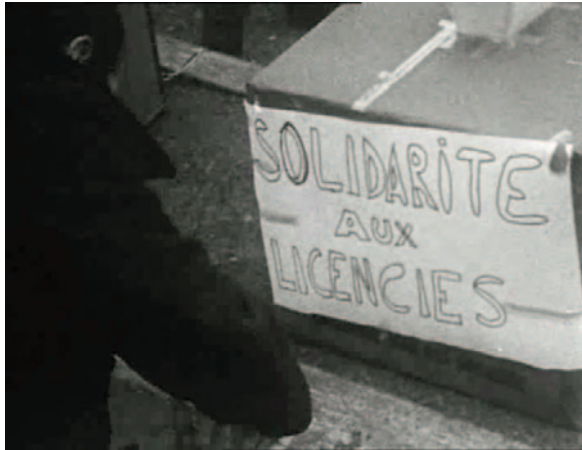
Justamente ese tipo de intervención es la que considero necesaria y posible. Sólo con una orientación de clase resulta una utopía de poco alcance la opción de una alternativa socialista entendida en términos de una formación abierta de la sociedad y del vivir, caracterizada por la propiedad social de los medios de producción y por la producción y reproducción exclusivamente orientada a la satisfacción de las necesidades democráticas básicas establecidas socialmente. ¿Cómo puede ser posible?



Estratégicamente. Propongo que prescindamos de buscar, como antaño, la específica fracción de vanguardia del nuevo sujeto colectivo y que tomemos como punto de partida de nuestra reflexión y de nuestra acción las nuevas posibilidades que surgen de la constitución del nuevo proletariado en toda su diversidad. O sea que necesitamos una estructura del nuevo antagonismo desde abajo, abierta para todos aquellos que, justamente para poder vivir, deben poner a disposición su fuerza de trabajo y su capacidad de vivir, independientemente de si reciben un salario, de si se les paga en base a un contrato de trabajo, de si se les admite en el mercado de trabajo, de si son obligados a trabajar sin salario o de si están esclavizados de modo patriarcal en el sector informal. Cualquiera de esas situaciones es posible, en mi opinión, en algún rincón del globo en el que haya resistencia, pues en todos ellos rigen las mismas condiciones económicas estructurales de base, a pesar de todas las diferencias cuantitativas, y su efecto puede propagarse a otro punto de resistencia. Por tanto la homogenización está estructuralmente condicionada, pero al tiempo supone una anticipación. Justo en este punto reside la tarea de la izquierda.

Por tanto no se trata de postular un nuevo primado del socialismo agrario; no se trata tampoco de poner en marcha una nueva campaña de los precarios o de trabajadores sin empleo definido; no se trata de esperar la salvación socialista sólo de los trabajadores y trabajadoras autónomas que han escapado del desempleo, ni tampoco de los trabajadores habituados al trabajo de grupo, sino que necesitamos una síntesis abierta de las formas de comunicación, cuyo peso es diverso en cada caso, y de las formas de lucha de cada lugar. Para ello son precisas ciertas estructuras, siempre desde una consideración estratégica. Voto a favor de poner en red, a nivel internacional, los puntos de resistencia local, creando una asociación internacional cuyas primeras iniciativas políticas sean contrainformación, análisis, acciones concretas de ayuda.

En segundo lugar estoy a favor de que los puntos locales de confrontación se asocien según líneas temáticas específicas con el objetivo de llegar a una síntesis de todos los posibles movimientos parciales que permitan llevar a término una economía moral basada en el valor de la existencia: derecho al suelo y a la vivienda, salario político, derecho a la reproducción social. Esta nueva economía moral habría que materializarla por medio de una apropiación política y una administración comunitaria del suelo y de las viviendas. Habría que materializarla a través de un combate en y contra los mercados locales de trabajo y a través de un nuevo



“social movement unionism” (política sindical basada en los movimientos sociales) contra la flexibilización de las relaciones laborales, combatiendo por un salario político en los comités de base de las empresas en red. En las organizaciones comunales auto-gestionadas habría que tratar el derecho a la reproducción social como recuperación auto-gestionada de las garantías de reproducción social. Lo que queda de las transferencias del estado social debería ser reorganizado al tiempo que la increíble acumulación de riqueza en manos privadas debería ser apropiada por la comunidad y auto-administrado.

Así pues, desde una perspectiva estratégica considero posible poner en marcha una coalición tal de aso-

ciaciones de contrapoder, homogenizadas en lo político-económico, justamente por medio de su puesta en red internacional.

Considero que los aspectos tácticos de cómo habría que desarrollar esa perspectiva dependerán de que tuviéramos que intervenir, desde este supuesto estratégico, en las luchas contra el ataque general a la sociedad que están por venir, así como en las que ya se están produciendo; y en el hecho de que partiendo de ahí caeríamos del lado de aquellos a los que con mayor fuerza está segregando el populismo de los expertos de la desregulación: extranjeros, enfermos crónicos, etc.

Soy consciente de que una cosa así tal vez puede pensarse, pero que, ante la crisis de la izquierda y la real relación de fuerzas sólo puede proponerse como resultado de un gran esfuerzo y de una gran exigencia. Aún así, soy prudentemente optimista. Por ejemplo, lo que ha pasado hace pocas semanas en Italia, unas semanas antes muchos de nosotros lo habría considerado imposible. Así pues considero que, incluso en las metrópolis, se percibe un cierto temblor social, que debemos tenerlo en cuenta y que debemos dejarnos guiar por él. Si a las iniciativas actuales de base se les agregara desde dentro la capacidad para la acción consciente, sus militantes se convertirían rápidamente en elementos de un nuevo movimiento de masas emancipador. Tal vez. Eso es lo que espero.